

MARÍA LUISA BOMBAL, *La amortajada*.—Santiago de Chile, Editorial Nascimento. 158 pp.

Acercarse a María Luisa Bombal debe ser siempre un acto de comprensión. Podríamos decir de ella que es buena entendedora. *Sur* la dió a conocer en 1938 con *La amortajada*, cuya segunda edición ha publicado "Nascimento", de Santiago de Chile. La novelista chilena es única. Tanto en este libro como en *La última niebla* provoca impresión de cosa singular. Su relectura es de las que siempre conservan interés y curiosidad. Su prosa poemática se halla henchida de extrañas sorpresas.

La trayectoria vital de Ana María, la heroína de *La amortajada*, se reconquista el día de su muerte. En el lecho en que su cuerpo está yacente, de lo más profundo de la subconciencia de esos redaños que no acaban de agonizar, a flor de memoria le emergen los recuerdos. El de la muerte es un coloquio interior, algo así como el diario fantástico de una mujer en estado de catalepsia. Esta es la primera originalidad del libro, una originalidad que años después y con situaciones distintas reeditara Rubén Romero en *Anticipación de la muerte*. No digo con esto que haya influido *La amortajada* en la concepción romerista. Simplemente anoto una similitud y un antecedente.

Ana María cruza de un extremo a otro del libro en ese estado febril sonambúlico, sólo concedido a unos pocos. Su drama nos transporta a un mundo de inquietudes tan hondas, a una soledad en estado tan peligroso, que es preciso esforzarse en la adecuación al clima abisal donde la admirable mortaja revive, sueña y piensa. Un clima de soledad abismática donde la muerte sólo llega cuando el alma cesa de amar y odiar intensamente.

Arte de saber recordar, ya no basta: menester es la adivinación, y más en desengaños de vida. Zahorí de almas y lince de intenciones es María Luisa Bombal. La verdad que más le importa es la de su mundo femenino, que ha estado siempre a medio decir. Nada empuja al odio a la protagonista de *La amortajada*. Aprende a odiar porque la habilidad diabólica de la vida le trastrueca el amor en desengaños. Su vida es aturdimiento silencioso. Tiene su pericia el encanto irresistible de una angustiada oscilación sobre el abismo. Su dura y trabajosa soledad se mantiene en el límite de las sombras y la luz. Los más lúcidos momentos de su experiencia se le entregan en un estado de postmuerte.

Se ve el método. María Luisa Bombal toma a Ana María en el instante de su fallecimiento, en las horas en que la velan sus familiares y amigos, y haciendo cortes en su memoria y en el tiempo, nos describe sus impresiones acerca de su amante, de su marido, de su confidente, de sus hijos, sus hermanos y su nuera, sin informarnos acerca de ellos sino por medio de lo que piensa y monologa. Desde el umbral del relato la hace hablar con un impresionismo muy femenino, que en parte se asemeja al empleado por Katherine Mansfield en sus relatos más característicos.

Conoce las cosas en su punto y sazón y sabe lograrlas. Los momentos que rememora, con torturada agilidad, son mínimos momentos familiares: crisis romántica de la adolescencia; primero y subyugante amor, entrega apasionada; insólito abandono; un ir quedándose sola; el conocimiento gozoso y la alarma de haber quedado grávida; observaciones angustiosas en que la pena afila las uñas; un aborto durante una tempestad; la llegada sin amor al matrimonio; las solapadas revelaciones del goce físico; el despego del marido; el amor nuevo que va rasgando la corteza del odio; los conflictos con los hijos y el difícil acceso a la comprensión cabal de la nuera.

Se complace Ana María en el torturante buceo en las sombras, en arañarse las entrañas, en ir palpando en ellas ricos despojos ocultos. A las gentes que giran en su derredor: su hermana Alicia, la tía Isabel, la fiel sirvienta Zoila, Alberto, el hijo, y María Griselda, la nuera, Ricardo, el amante, Fernando, el confidente, y Antonio, el marido frívolo y pasional, los conocemos un poco a la manera con que en el restaurante conocemos a nuestros vecinos de mesa: reconstruyéndolos por una conversación. Aunque —entiéndase bien— no se enmarañan. María Luisa Bombal rescata recuerdos en torbellino luminoso. Las sombras, bien dosificadas a lo largo del relato, acaban por ir perdiendo su espesor. La claridad del alma nos compensa de lo obscuro de algunas situaciones. Soledades de la vida y desengaños del mundo informan su *leit motiv*. Su universo es, ante todo, de mujer. La casa, los paseos, las preocupaciones femeninas, sus ensueños, sus juicios sobre las personas, es todo lo que le interesa. Lo que sabemos de los personajes de *La amortajada* es lo que Ana María piensa de ellos. La inagotable, la tenaz reconstructora de una vida en el momento de la muerte, se siente empujar muchas veces a la altura, pero en el aire no pierde su vigor. Esta mujer sabe el medio de deslizarse de entre las agnias para tenderse y aferrarse a la tierra.

“Tu ternura hacia mí —piensa Ana María de su hija— era un germen que llevabas dentro y que mi muerte ha forzado y obligado a madurar en una sola noche.”

En efecto, los rasgos característicos para hacer el tema de esta novela poemática los acumula María Luisa Bombal en el transcurso de unas horas. Y los desenvuelve con un fino arte impresionista, realzado tanto por su veracidad como por lo genuino de su tono poético. Al decir que “la muerte es también un acto de vida” la protagonista entrega una definición preliminar de la novela. Vida pintada en la muerte es la de esta mujer sumergida en una atmósfera en que sus actos siguen las transiciones de los grandes ritmos naturales: las estaciones, el reflujo de la sangre, los movimientos del día y de la noche.

De ahí que el valor literario de *La amortajada* se base en gran parte en que María Luisa Bombal arranca sus relatos de la tierra, y en ella absorbe sus turbios zumos vegetales; en su mezcla de sensibilidad, de misticismo subterráneo, en su conciencia de soledad; en sus vetas de sadismo, y al mismo tiempo en que toda la vida que refleja es, por primera vez en la literatura americana, íntegramente femenina.

GILBERTO GONZÁLEZ Y CONTRERAS

GASTÓN FIGUEIRA, *Juan Ramón Jiménez, poeta de lo inefable*.—Montevideo, Biblioteca Alfar, 1944.

Nuestro colaborador asiduo don Gastón Figueira, hombre de letras abierto a todas las corrientes del espíritu, particularmente las que soplan sobre este continente americano, del que es ciudadano por derecho propio, ha publicado un excelente estudio sobre el gran poeta español Juan Ramón Jiménez. Un “breve perfil biográfico” abre el volumen y en él nos da cuenta del origen y juventud del poeta, del primer libro que publicó, ahora de muy difícil adquisición, *Almas de violeta*, con un “atrio” de Francisco Villaespesa. Después se va abriendo ante nosotros el panorama de la obra lírica del gran poeta. Primero su iniciación modernista, que él ha recordado en reciente libro publicado en la *Revista de América*, de Bogotá; después, su liberación de toda escuela y toda tendencia para llegar a ser él mismo.